



El papado de Pablo IV (1555-1559), las relaciones con Venecia y España y el cambio de orientación político-religiosa de las élites eclesiásticas italianas y españolas

Daniele Santarelli

► To cite this version:

Daniele Santarelli. El papado de Pablo IV (1555-1559), las relaciones con Venecia y España y el cambio de orientación político-religiosa de las élites eclesiásticas italianas y españolas. *Mágina*, 2008, X, pp.57-69. halshs-00229364v2

HAL Id: halshs-00229364

<https://shs.hal.science/halshs-00229364v2>

Submitted on 12 May 2009

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

El papado de Pablo IV (1555-1559), las relaciones con Venecia y España y el cambio de orientación político-religiosa de las élites eclesiásticas italianas y españolas

Daniele Santarelli

LARHRA – CNRS UMR 5190, Lyon / Università di Milano

1

Presentamos en este trabajo las principales conclusiones de nuestra tesis, “Il papato di Paolo IV nella crisi politico-religiosa del Cinquecento: le relazioni con la Repubblica di Venezia e l’atteggiamento nei confronti di Carlo V e Filippo II”, defendida en abril de 2006 en la Universidad de Padova. Basada en un estudio de la correspondencia del embajador veneciano en la corte de Roma, Bernardo Navagero, y empezada como un estudio de las relaciones entre la República de Venecia y el papado, la puesta en contexto de los acontecimientos descritos por el diplomático no llevó a enfocar de forma distinta al planteamiento tradicional las relaciones entre el pontífice y el más importante Estado católico del momento, revisión que echa una nueva luz sobre un giro de la historia Europea cuya importancia la historiografía actual pondera mejor que antes: la elección por parte de la Iglesia romana de una decidida política confesional católica, frente a la Reforma, elección que indujo una profunda reorganización social y cultural de los países católicos. En primer lugar Italia y España, que sufrieron de lleno las consecuencias de este giro confesional.

Carlos V y su relaciones difíciles con el Papado

Los primeros biógrafos de Carlos V, que exaltaron la casa de Austria como protectora del catolicismo en el contexto del triunfo de la Contra-Reforma en Italia y España, tuvieron problemas para justificar sus relaciones difíciles con el papado¹.

¹ FIRPO, M.: “*Sempre soggetto al santissimo papa et alla santa Chiesa*”. *I primi biografi italiani di Carlo V*, en ID., «*Disputar di cose pertinente alla fede*». *Studi sulla vita religiosa del Cinquecento italiano*, Milano 2003, págs. 175-196.

De la guerra contra Clemente VII de Medici, concluída por el saco de Roma del 1527, a la guerra (1556-57) contra Pablo IV, forzado a la paz con el ejército del duque de Alba a las puertas de Roma, hecho que evocaba en su mente el fantasma de un segundo saco, las relaciones entre el Emperador y el Papado fueron siempre caracterizadas por la duda y la sospecha recíprocas.

Después de 1523 el único pontífice filo-español fue el "débil" Julio III Del Monte (1550-55). Clemente VII (1523-34) y Pablo IV (1555-59) fueron hostiles hacia el emperador y le hicieron la guerra; y Pablo III Farnesio (1534-49), aunque generalmente llevó una política más tranquila y equilibrada, murió en muy malas relaciones con Carlos V, sobre todo a consecuencias de la conjuración filo-imperial que provocó la muerte de su hijo Pier Luís Farnesio (1547).

La guerra de Pablo IV contra Carlos V y Felipe II inauguró el último acto del conflicto entre Francia y España para el dominio de Italia y la hegemonía en Europa. Los decenios siguientes vieron, a la inversa, el feliz reforzamiento de la alianza de hierro entre el Papado y España, que fue el eje de la Contra-Reforma en Europa. Fue sobre todo Pio V Ghislieri (1566-1572) que dio el impulso decisivo a este proceso histórico, consagrando de hecho Felipe II como el "campeón" del catolicismo romano y de la lucha contra los herejes y los infieles.

La historiografía no ha hasta ahora producido un examen serio de la evolución de las relaciones entre el Papado y España durante este periodo decisivo para la historia de Europa y del Mediterráneo, que vio ante todo el desarrollo final, seguido de una progresiva decadencia, del edificio político levantado por Carlos V. Una construcción política, teorizada por los humanistas que constituyeron el núcleo del *entourage* del joven emperador (tales el gran canciller Mercurino Gattinara y el secretario Alfonso de Valdés), como un conjunto heterogéneo de elementos sobre-estatales y sobre-nacionales, estrictamente ligado a la idea de la unidad del cristianismo occidental, a la cúspide de la cual se situaba un monarca universal, capaz de realizar la misión de restaurar un orden político ideal, salvando a la cristiandad tanto del peligro turco como de Lutero y de la corrupción del Papado².

Al mismo tiempo la curia romana, puesta en la necesidad de responder al desafío protestante, sufría profundas tensiones: particularmente el enfrentamiento entre "espirituales" e "intransigentes"³. Los espirituales eran los herederos del alumbradismo, del cual se derivaba

² PÉREZ, J. : *L'idéologie de l'Etat en Espagne* en HERMANN C. (ed.): *Le premier âge de l'Etat en Espagne*, págs. 191-216; véanse págs. 210-211.

³ Todos estos acontecimientos han sido iluminados con maestría por Massimo Firpo. Véanse principalmente FIRPO M.: *Dal sacco di Roma all'Inquisizione. Studi su Juan de Valdés e la Riforma italiana*, Alessandria 1998; ID.: «*Disputar di cose pertinente alla fede*», *Studi sulla vita religiosa del Cinquecento italiano*, Milano 2003; ID.: *Inquisizione romana e Controriforma. Studi sul cardinal Giovanni Morone (1509-1580) e il suo processo d'eresia* (nuova edizione riveduta e ampliata). Brescia 2005. FIRPO M., MARCATTO D.: *Il processo*

la teología de Juan de Valdés⁴, hermano de uno de los más importantes consejeros del emperador: su círculo napolitano constituyó el centro propagador de la nueva experiencia religiosa en Italia. Una religiosidad débil, basada sobre algunos *fundamentalia fidei*, entre los cuales se encontraba la justificación *sola fide*, eje de la teología luterana, pero también instrumento de gran eficacia a nivel práctico como respuesta a las inquietudes de una época extraordinariamente atormentada a nivel político y religioso y vivaz a nivel intelectual. La propuesta opuesta se expresa en la trayectoria de Gian Pietro Carafa en la Iglesia católica de su tiempo: obispo de Chieti, legado papal, fundador y general de los Teatinos, cardenal y jefe del Santo Oficio de Roma antes de llegar al papado. Se refleja también en las elecciones políticas y eclesiásticas de su pontificado: conducta política, persecución de los herejes, reforma de la Iglesia y gestión de los nombramientos eclesiásticos; y en las consecuencias de larga duración de su triunfo: una religión rígida, austera, dogmática, que cerraba todas las puertas al diálogo, concibiendo como única solución al desorden creado por la Reforma protestante la represión violenta de toda manifestación de desviación doctrinal.

Carlos V era el principal protector político de los espirituales italianos. En España, también, el emperador fue el valedor de personajes que propagaban una religiosidad fuertemente caracterizada por elementos ascéticos y místicos, en un contexto específico, marcado por la herencia de un sincretismo entre las tres culturas judía, árabe y cristiana que en algunos sectores era considerado como muy peligroso⁵.

Juan de Valdés provenía de aquel *milieu*. Es por tanto comprensible la tendencia filo-francesa del jefe de los “intransigentes”, Gian Pietro Carafa.

La guerra de papa Pablo IV contra el reino de Nápoles o más bien contra el emperador Carlos V y sus ideales políticos y religiosos y contra un joven rey de España, Felipe II, considerado al principio por el pontífice muy similar a su padre, fue el último de los muchos conflictos que conmovieron la península italiana entre 1494 y 1559. El conflicto empezó a causa de las aspiraciones expansionistas del reino de Francia, una monarquía unitaria, que conoció una

inquisitoriale del cardinal Giovanni Morone. Edizione critica, vol. I-VI. Roma 1981-1995; FIRPO M., MARCATTO D.: *I processi inquisitoriali di Pietro Carnesecchi. Edizione critica*, vol. I-II. Città del Vaticano 1998-2000; FIRPO M., PAGANO S.: *I processi inquisitoriali di Vittore Soranzo (1550-1558). Edizione critica*, t. I-II. Città del Vaticano 2004.

⁴ A propósito de su vida y su obra véase principalmente FIRPO M.: *Introduzione* a VALDÉS J. de: *Alfabeto cristiano*. Torino 1994, págs. VII-CCI.

⁵ A propósito de esta España “espiritual” véanse los libros de PASTORE S.: *Il Vangelo e la spada. L'Inquisizione di Castiglia e i suoi critici (1460-1598)*. Roma 2003; EAD.: *Un'eresia spagnola. Spiritualità conversa, alumbadismo e Inquisizione (1449-1559)*. Firenze 2004.

gran expansión económica y demográfica al final del siglo XV⁶. Situación resueltamente opuesta a la de la península italiana, fragmentada en diferentes estados cuyo equilibrio, sancionado por la paz de Lodi de 1454, descansaba sobre bases frágiles: una presa que parecía fácil, y mucho más teniendo en cuenta una coyuntura política tan favorable como la que hizo posible la empresa italiana del rey Carlos VIII de Francia.

Aunque las dos monarquías rivales presentaban significativos elementos comunes que contrastaban decisivamente con la situación italiana, es necesario señalar que España, una monarquía recientemente unificada, mucho menos poblada que Francia y que apenas acababa de resolver el problema de la presencia política musulmana en su territorio, fue al principio llevada a la guerra a pesar suyo, débito a la ruptura de los equilibrios de poder en Italia. Pero con la subida al trono español (1516) e imperial (1520) de Carlos V, la situación cambió radicalmente. Una sucesión de fatalidades había puesto éste al mando de una agregación plurinacional de estados diversos, una construcción política cuya existencia, ligada indisolublemente, a falta de otro agregante, a la unidad del cristianismo occidental, estaba desde un principio amenazada por el éxito de la Reforma protestante. Los desordenes políticos y sociales provocados por la afirmación de la Reforma en Alemania desde de 1517, aguzados durante los años veinte siguientes, no fueron los únicos problemas que afligieron al joven Carlos. Los Franceses no dejaron de explotar en su favor la situación religiosa en Alemania, coordinando su acción militar contra el emperador con la de los príncipes protestantes e incluso con los Turcos, explotando la declarada rivalidad entre Otomanos y Asburgos. La partida entre Franceses y Imperiales, por tanto, se desenvolvía a la vez a nivel militar y diplomático : todas las expediciones francesas en Italia, desde la de Carlos VIII, fueron precedidas por misiones diplomáticas preparadas con gran cuidado; particularmente cuidadas fueron las relaciones con Florencia y Venecia⁷.

Este contexto da una especial relevancia a las fuentes diplomáticas, que a menudo fueron en el pasado descuidadas o desvalorizadas. Estas fuentes nos permiten estudiar las orientaciones y las resoluciones definitivas de los principales actores de la política internacional en el momento mismo de su desarrollo y de su realización práctica : por esa característica esas son fuentes privilegiadas para cualquier investigación histórica que intenta penetrar un momento fundamental de la historia mediterránea y europea.

Una coyuntura favorable a los proyectos políticos y religiosos del emperador Carlos V se dio durante los años cuarenta: el emperador firmó con el rey de Francia Francisco I el tratado de

⁶ Véase JOUANNA A.: *Le temps de la Renaissance en France (vers 1470-1559)* en JOUANNA A., HAMON P., BILOGHI P., LE THIEC G.: *La France de la Renaissance. Histoire et dictionnaire*. Paris 2001, págs. 3-359: págs. 91 ss.

⁷ JOUANNA A. : *Le temps de la Renaissance en France*, págs. 210 ss.

Crépy (septiembre 1545), en el mismo momento Hernando de Asburgo, rey de los Romanos, firmaba la paz con los Turcos (noviembre 1545). Poco después la batalla de Mühlberg (abril 1547) hacía de Carlos V, vencedor de los príncipes protestantes, el dueño de Alemania⁸.

Es necesario marcarlo bien, decisivos fueron los asuntos turcos y protestantes. En 1551-52 el emperador Carlos V estaba en Innsbruck para seguir de cerca el concilio de Trento, convocado de nuevo por Julio III tras fuertes presiones del mismo emperador, que ahora veía como finalmente posible la reconciliación entre católicos y protestantes. Esos proyectos fueron totalmente arruinados por la nueva alianza entre los Franceses, que tenían ahora por rey a Enrique II, y los príncipes protestantes, que tenían por jefe a Mauricio de Sajonia: los aliados aprovecharon el hecho de que en 1551 Carlos V había sido forzado de dejar sin protección adecuada las fortalezas alemanas para guarnecer Sicilia, expuesta otra vez al peligro turco: sorprendido por una brusca ofensiva de sus adversarios el emperador fue forzado a huir de Innsbruck; la continuación de la guerra significaba la suspensión del concilio.

La guerra de Pablo IV contra el reino de Nápoles y la correspondencia de los embajadores

De este último, decisivo, decenio de conflictos (1551-59), la guerra de Pablo IV contra Carlos V y Felipe II⁹ forma el último acto. Aunque fuera sólo por eso no se la puede considerar insignificante. La nueva guerra franco-imperial fue en efecto interrumpida por la paz de Vaucelles (1556), una tregua provechosa para ambas partes, pero destinada a durar muy poco. La causa determinante de la renovación del conflicto fue el desafío lanzado por Pablo IV a la autoridad de Carlos V. El viejo papa napolitano buscaba desde un principio la constitución de una grande coalición antiasbúrgica. Sus iniciativas, y las del cardenal sobrino Carlo Carafa, que tenía sin duda un interés más político y material, pero siempre contenido y dominado por Pablo IV, fueron decisivas para volver a poner otra vez todo en juego.

⁸ Sobre los acontecimientos y problemas de la historia política de los decenios cuarenta y cincuenta véanse: BRAUDEL F.: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 2 v., Madrid 1993 (véase la parte III en el volumen II); BRANDI F.: *Carlos V, vida y fortuna de una personalidad y de un imperio mundial*, Madrid, 1943.

⁹ SANTARELLI D.: *A proposito della guerra di Paolo IV contro il Regno di Napoli: le relazioni di papa Carafa con la Repubblica di Venezia e la sua condotta nei confronti di Carlo V e Filippo II*, en «Annali dell'Istituto Italiano per gli Studi Storici», XXI, 2005, págs. 69-111; véase también ID.: *Le relazioni diplomatiche tra la Repubblica di Venezia e la Santa Sede negli anni del papato di Paolo IV. Prospettive di ricerca*, en «Studi Storici Luigi Simeoni», LV, 2005, págs. 47-69.

La guerra (septiembre 1556-septiembre 1557) tuvo fases alternas, pero un final catastrófico para los pontificios: las tropas del virrey de Nápoles, el duque de Alba, se acercaron hasta las puertas de Roma y se temió un segundo saco. La llegada a Roma de la noticia de la derrota de los Franceses en Flandes forzó los pontificios a firmar la paz. La mal conocida paz de Cave del septiembre 1557 marcó el final de la última guerra entre un papa y los Asburgos. Con la bien conocida paz de Cateau-Cambrésis se cerró luego el conflicto franco-hispanico para el dominio de Italia. Simultaneamente, mientras Francia caía en el sangrante báratro de las guerras de religión, se echaban las bases de la decisiva uniformación religiosa de Italia y de España.

Esta guerra está ligada ideológicamente a la ofensiva inquisitorial contra el partido curial muy infuente de los “espirituales”, ofensiva que sancionó la afirmación definitiva, en Roma, de los “intransigentes” y de la Contra-Reforma. Su interpretación, sin embargo, es notablemente enriquecida si se toma en cuenta la situación política y religiosa de la España del siglo XVI, marcada por el enfrentamiento que opone los partidarios de la inquisición a un partido anti-inquisitorial, en el cual se rencuentran conversos, moriscos y alumbrados, pero también todos los partidarios de la apertura intelectual.

Después de la elección al papado de Pablo IV en el mayo 1555, un año de tensiones y de negociaciones precedió la guerra. Deseando concentrar contra los Asburgos las mayores fuerzas posibles, Pablo IV pidió a la República de Venecia que hiciera su parte participando a su lado a la guerra contra los Imperiales. Pero esto hubiera significado, para los gobernadores venecianos, renunciar a la feliz política inaugurada 25 años antes con la paz de Bolonia de 1530. Ejemplar fue en este sentido la conducta del embajador Bernardo Navagero, y fundamental es su correspondencia de Roma para la comprensión de los acontecimientos y para penetrar la mente de Pablo IV, su ideología, sus discutidas tomas de partido político-eclesiásticas.

Navagero fue embajador de la República de Venecia en Roma desde septiembre de 1555 hasta marzo de 1558. Sus cartas hacen referencia a acontecimientos fundamentales de un periodo en el cual se celebraba la última fase de la guerra franco-hispánica, mientras que la construcción política del emperador Carlos V estaba a punto de desagregarse, en vísperas de la Contra Reforma y de las guerras de religión que iban a asolar Europa. Fue testigo de las tensiones creadas entre Pablo IV, Carlos V y Felipe II como resultado de las provisiones de papa Carafa contra la familia Colonna, de la consiguiente guerra de Pablo IV contra el reino de Nápoles, del restablecimiento de la paz, por fin, entre el papado y Felipe II. Tuvo que hacer frente, a partir del verano 1556, a una situación difícil, en la que Paul IV exigió la

participación militar de la República de Venecia a su política antiespañola, antes aún del principio de la contienda.

En este contexto el gobierno veneciano adoptó una línea política que se puede definir como de “neutralidad activa”, política expuesta de manera luminosa en un discurso de Niccolò Da Ponte, entonces “savio del consiglio”, al Senado el 15 de noviembre de 1556: el mejor remedio consistía en presionar fuertemente al papa y su *entourage* para llevarles a la pronta conclusión de la paz con los imperiales, para evitar la desmembración del Estado de la Iglesia - una parte del cuál había sido ocupada por las tropas del duque de Alba y otra por las tropas francesas - y el retorno de la inestabilidad política en la península italiana, hecho que habría implicado los más serios riesgos para la República.

A la demanda de una alianza militar contra los españoles tendente a conquistar el reino de Nápoles, formulada apasionadamente por Pablo IV a Navagero en julio de 1556 con atractivas promesas de conquistas territoriales, el enviado veneciano, de acuerdo con las instrucciones de su gobierno, había contestado al papa que Venecia no deseaba sino la paz. A pesar de este primer rechazo Pablo IV no perdió las esperanzas de conseguir la ayuda de Venecia. Siguió presionando a Navagero, especialmente después de la apertura de las hostilidades. Envío a Venecia en diciembre de 1556 al cardenal sobrino Carlo Carafa. Sin embargo, no obtuvo el apoyo militare que exigía. Los nuncios a Venecia en los años del conflicto, Filippo Archinto y Antonio Trivulzio, recibieron, por su parte, instrucciones de emplearse para convencer a los dirigentes venecianos de proveer ayuda militar contra los Españoles. Sus esfuerzos fueron totalmente inútiles.

Los despachos de Navagero nos permiten penetrar de modo muy eficaz este momento histórico decisivo, ya que revelan la lógica que une las iniciativas y las decisiones políticas y eclesiásticas de Pablo IV: la guerra, aparentemente absurda, contra España; su ofensiva contra el partido de los "espirituales"; su rigurosa actividad de reforma de la Iglesia, injustamente ignorada por la historiografía más reciente (a partir de los estudios de Hubert Jedin¹⁰). Muestran que todas estas iniciativas de Pablo IV son racionales, vinculadas una a otra de modo muy estrecho, y justificadas todas por su ideología, basada sobre la defensa de la ortodoxia católica contra los herejes de toda especie y en el marco de un proyecto preciso de reforma de la institución eclesiástica, ideología que resaltan las relaciones de los embajadores de Roma.

¹⁰ Véase SANTARELLI D.: *La riforma della Chiesa di Paolo IV nello specchio delle lettere dell'ambasciatore veneziano Bernardo Navagero*, en « Annali dell'Istituto Italiano per gli Studi Storici », XX, 2003/2004, págs. 81-104.

Pablo IV se alía con los franceses contra los españoles principalmente porque no confía en la política religiosa y eclesiástica del emperador Carlos V y no sabe que esperar de su hijo Felipe, rey de Castilla y León desde 1556, todavía muy joven. Pablo IV no está de acuerdo con la política de tolerancia mostrada por los Absburgos hacia los Reformados (Interim de 1548 y paz de Augusta de 1555); acusa a Carlos V de haber fomentado la herejía luterana para apoderarse de Roma y del mundo; el papa acusa públicamente a los Imperiales, amenazandoles de encabezar contra ellos "una crociata di scudi cristiani" ("una cruzada de escudos cristianos"). Si luego se reconcilia con Felipe II, Pablo IV y emprende una política filo-española, es con la esperanza que el nuevo rey de España conduzca una política religiosa diferente a la de su padre. Si pide a Venecia que se adhiera a la liga contra los Españoles a cambio de algunas concesiones importantes es porque en su mente, en todo caso, todos los príncipes (incluido el *doge* de Venecia) están vinculados al papa por un enlace de obediencia y por ello están obligados a defender el Estado de la Iglesia en caso de peligro. El modo en el que se formulan las demandas de Pablo IV a los franceses y a los venecianos es bastante ilustrativo en cuanto a esta ideología.

Venecia responde negativamente, continuando su política de neutralidad, pero interviene con sus diplomáticos porque teme la inestabilidad política causada por la guerra.

Inquisición en Italia y España

La Inquisición española había sido el instrumento político a través del cual los reyes católicos, Fernando de Aragon e Isabella de Castilla, habían consolidado el poder real en una monarquía de constitución reciente, rebajando la oligarquía de las familias conversas de las ciudades de la Castilla, que se les opusieron desde un principio.

Un momento particularmente significativo de la lucha que llevaron a cabo éstas contra la Inquisición fue, en el verano del 1506, la tentativa de la alianza anti-inquisitorial de las familias conversas de Córdoba con Felipe el Hermoso¹¹, hijo del emperador Maximiliano y marido de Juana la Loca, hija del Rey Católico y reina de Castilla desde de 1504, a consecuencia de la muerte de su madre Isabel. El plan falló debito a la inesperada muerte de Felipe, en el septiembre de ese mismo año, y Fernando de Aragon, partidario de la Inquisición, conservó por lo tanto las riendas del reino de Castilla, que gobernó como regente hasta su muerte diez años más tarde.

¹¹ PASTORE S.: *Un'eresia spagnola*, pág. 65.

Pero durante el reinado de Carlos V, hijo del mismo Felipe el Hermoso, las fuerzas de oposición a la Inquisición levantaron de nuevo la cabeza. Carlos de hecho favoreció a los miembros del partido anti-inquisitorial. Tuvo como inquisidor general de Castilla durante quince años a Alonso Manrique de Lara, personaje comprometido con los grupos erasmianos, muerto en 1538¹², y en 1549 eligió para el obispado de Tortosa a Juan Gil, vigilado por la Inquisición de Sevilla desde 1542 y sometido finalmente a un proceso (1549-52) que acabó con su abjuración¹³.

En años cuarenta, sin embargo, las cosas volvieron a cambiar: en 1547 el nombramiento de Fernando de Valdés como inquisidor general de Castilla dio un impulso nuevo a la Inquisición española, de tal forma que terminó progresivamente su arreglo y su transformación en «apparato burocráticamente eficiente e políticamente temibile»¹⁴. Sin embargo la situación seguía siendo incierta y el partido “espiritual” estaba todavía fuerte. A partir de 1554, pero particularmente entre 1557 y principios del 1558, el inquisidor general y arzobispo de Sevilla se encontró en serias dificultades, arriesgando la desgracia, debido a la propaganda llevada en contra suya por el grupo que gravitaba alrededor de su enemigo principal, Bartolomé Carranza, arzobispo de Toledo y primado de España, amigo del cardenal Reginald Pole, uno de los líderes del partido espiritual en la curia, y el mismo líder del frente “espiritual” español. Carranza entonces se encontraba con Felipe II en Bruselas y aprovechó el favor que le mostraba el soberano: el joven rey mandó a Juana de Austria, princesa de Portugal, regente de España en ausencia de su hermano, despedir a Fernando de Valdés de la corte, por lo que tuvo éste que volver al gobierno de su diócesis de Sevilla¹⁵.

Pero la Inquisición española triunfó con los procesos contra los luteranos de Sevilla y Valladolid entre 1557 y 1559 y con el proceso y la prisión del mismo arzobispo Carranza, que tuvo que pasar, como bien se sabe, nueve años en las cárceles de Valladolid y luego otros nueve a Roma, antes de morir santamente en la ciudad del papa, perdonando a sus persecutores y protestando haber sido siempre católico, algunos días después de pronunciarse una sentencia que le declaraba hereje¹⁶.

¹² EAD.: *Il Vangelo e la spada*, págs. 133-156

¹³ EAD.: *Un'eresia spagnola*, pág. 212.

¹⁴ EAD.: *Il Vangelo e la spada*, pág. 303.

¹⁵ *Ibid.*, págs. 303 ss., capítulo VI.

¹⁶ Sobre este personaje es obligada la referencia a los estudios detallados de Ignacio Tellechea Idígoras : véase sobre todo : TELLECHEA IDÍGORAS J.I.: *Fray Bartolomé Carranza. Documentos históricos*, vol. I-VII, Madrid 1962-1994; ID.: *El proceso romano del arzobispo Carranza (1567-1576)*, Roma 1988; ID.: *El proceso romano del arzobispo Carranza: las audiencias en Sant'Angelo (1568-1569)*, Roma 1994; ID.: *Bartolomé Carranza. Mis treinta años de investigación*, Salamanca 1984; ID.: *Fray Bartolomé Carranza de Miranda (Investigaciones históricas)*, Pamplona 2002. ID.: *El arzobispo Carranza. "Tiempos recios"*, vol. I-V, Salamanca 2003-2007.

El mismo papa Pablo IV Carafa, hasta 1557 tenacemente anti-español y perseguidor de los cardenales imperiales Pole y Morone, parece que percibió el cambio radical que tenía lugar en España, y se complacía del mismo: los breves dirigidos a Felipe II y a sus ministros después de la batalla de San Quintín (1557) atestiguan la aprobación que le merecía la política del nuevo rey, particularmente sus diligencias para la conclusión de la paz con los Franceses y para la defensa del catolicismo contra la herejía, tal como ya notó un investigador de la talla de Tellechea Idígoras¹⁷.

La eliminación de los círculos luteranos y erasmianos iba pareja con la eliminación de moriscos y judaizantes: la uniformación religiosa del reino de España fue el resultado de la afirmación de la Inquisición como uno de los pilares del Estado y de su éxito como instrumento de control de los comportamientos sociales. El resultado final de la lucha, que implicó la *damnatio memoriae* de los perdedores y de sus obras, no puede sin embargo borrar el hecho que la victoria del "partido inquisitorial" fue dudosa e insegura hasta el final.

La misma lucha entre los mismos partidos se desarrollaba en Italia en los mismos años¹⁸: la lucha de Pablo IV contra la herejía tiene lugar en el marco del enfrentamiento en el seno de la Iglesia romana de las facciones "intransigente", de la cual él es el jefe, y "espiritual", encabezada por los cardenales Reginald Pole y Giovanni Morone. Los "espirituales" profesan una religión muy interiorizada que desvaloriza los dogmas y las prácticas exteriores, que se basa por una parte sobre la búsqueda mística del contacto con Dios, por otra sobre la ejemplaridad de la conducta moral, que admite la justificación por la fe tal como lo hacen los luteranos y que opone a la Iglesia institucional y jerárquica, la Iglesia de los "perfectos", de los santos, fruto de la unión mística del creyente con Dios. Pablo IV quiere aniquilar el partido "espiritual", que considera como el más peligroso foco de herejía.

Para esto utiliza el tribunal del Santo Oficio. El cardenal Morone fue detenido y perseguido por la Inquisición (1557-1559) y el cardenal Pole fue destituido de la legación de Inglaterra y convocado a Roma (1557), a pesar de la protección que le concedían la reina María Tudor y su marido Felipe, el rey de España. Entre los discípulos de los dos cardenales que fueron perseguidos como ellos, figuran los patricios venecianos Bartolomeo Spadafora, Alvise Priuli, secretario y mejor amigo del cardenal Pole, y Vittore Soranzo, obispo de Bergamo.

¹⁷ ID.: *El papado y Felipe II. Colección de breves pontificios*, t. I. Madrid 1999, págs. 67 ss., Documentos XXXVIII, XXXIX, XL, XLI, XLVI; véase también págs. XXV-XXXV.

¹⁸ SANTARELLI D.: *Paolo IV, la Repubblica di Venezia e la persecuzione degli eretici. I casi di Bartolomeo Spadafora, Alvise Priuli e Vittore Soranzo*, en «Studi Veneziani», n.s., XLIX, 2005, págs. 311-378 (y bibliografía allí citada).

La República de Venecia, siguiendo su tradición, reclamó jurisdicción sobre los herejes y quiso defender el honor de sus patricios. Por otra parte el tribunal del Santo Oficio de Venecia era un tribunal "mixto" en el cual los intereses venecianos eran defendidos por tres magistrados laicos (los "Tre Savi sopra l'eresia") y por el patriarca de la ciudad, el cual era nombrado de hecho por el gobierno. Además, muchos de los patricios venecianos entre los más fuertes estaban influidos por las nuevas ideas religiosas, otros eran anti-papistas, y por ello las relaciones con un papa como Pablo IV fueron muy complicadas. Venecia defendió a sus patricios como Felipe II y María Tudor defendieron a Pole.

Conclusiones

Las preocupaciones principales de Pablo IV eran la persecución de la herejía y la reforma de la Iglesia. Este último punto ilustra su ideología y su concepción de las relaciones entre el papa y los príncipes: Pablo IV no comparte las excesivas reivindicaciones temporales de los príncipes sobre los nombramientos eclesiásticos y las cuestiones beneficiales. Sus relaciones con los príncipes en estas materias fueron complicadas. La solución que favoreció consistía en conceder solamente lo que no iba contra el honor y la dignidad de la Santa Sede, lo que quiere decir que prefirió favorecer en los nombramientos eclesiásticos a quienes consideraba moralmente dignos y completamente ortodoxos en materia de fe. Muchos candidatos apoyados por los príncipes fueron apartados por él: el componer con las autoridades políticas se reveló por tanto difícil.

Reforma de la Iglesia y persecución de los herejes son las dos caras de la misma moneda. Pablo IV consideraba a Carlos V como un enemigo porque cumulaba todo lo que el papa rechazaba: como emperador siempre reivindicó la fuerza de la autoridad imperial frente a los pontífices; no combatió de modo eficaz la expansión del protestantismo en Alemania; utilizó el concilio de Trento para favorecer un apaciguamiento entre católicos y protestantes. El núcleo mismo del proyecto del emperador y de sus colaboradores humanistas y letrados, la visión de una monarquía universal sobre-nacional y sobre-estatal no podía cumplirse en el contexto de una Europa desgarrada por el cisma de Lutero. Con el fin de resolver el problema el emperador fomentaba el diálogo y las concesiones, de la misma manera que lo hacían los "espirituales" que protegía. La perspectiva eclesial de Pablo IV era inversa: había que combatir a los herejes sin componendas.

Pablo IV detestaba a Carlos V también porque era el rey de España y Pablo IV odiaba a los Españoles, a quienes calificaba de "mistura di giudei, mori e luterani " ("mezcla de judíos,

moros y luteranos"). En España, como se ha dicho, el partido de los alumbrados, espirituales y afines, estaba todavía muy fuerte y capaz de luchar contra la Inquisición. Por otra parte las ideas de los espirituales fueron importadas por España gracias al magisterio del teólogo Juan de Valdés. Y el emperador Carlos V protegía en España a personajes que profesaban una religión fuertemente influida por instancias ascéticas y místicas, que recogía la herencia de un muy peligroso - en la opinión de Pablo IV también - sincretismo entre judaísmo, islamismo y cristianismo. Una religión sensible a los mensajes de Erasmo y de Lutero adaptados a un contexto típicamente español. Contra esta "España espiritual" que había generado al teólogo Juan de Valdés, afincado en Nápoles desde 1536 para huir de la Inquisición española y acusado, a pesar de su muerte precoz en 1541, de haber "infectato [...] tutta Italia de eresia" ("infectado toda Italia de herejía"), Pablo IV recurrió a las armas.

Si Carlos V jamás quiso escoger entre la España de la Inquisición y la España de los alumbrados, moriscos, erasmianos y luteranos, y si durante su reinado los adversarios de la Inquisición pudieron muchas veces mantener su terreno, la política de Felipe II, después de algunas incertidumbres al principio, se orientó decididamente hacia una represión extremadamente dura. El empeño de Pablo IV al lado del nuevo soberano se puede considerar como un preludio al "cambio" de la política de Felipe II a los años siguientes, cuando el hijo del "imperatore heretico" - tal como lo definía Pablo IV - se hizo el defensor de los intereses del catolicismo romano contra herejes e infieles, el campeón de la Contra-Reforma y de la lucha contra la "internacional protestante". El triunfo de la Inquisición española contra la oposición interna tuvo lugar entre 1557 y 1559, a partir del descubrimiento de las comunidades protestantes de Sevilla y Valladolid. Entonces Pablo IV entendió que Felipe II podía desempeñar el papel del defensor del catolicismo frente a la herejía.

Felipe II no era Carlos V. Su educación, en la que el mito del padre fue de todos modos muy influyente, fue sin embargo muy diferente. Su ayo fue el intransigente Juan Martínez Siliceo, a quien por su intransigencia misma nombró cardenal el mismo Pablo IV en diciembre 1555; el único de los colaboradores elegidos por su padre que sobrevivió largo tiempo fue Fernando Álvarez de Toledo, el duque de Alba, un personaje que no brillaba ni por sus dotes diplomáticos ni por su moderación. Carlos por su parte, a quien Erasmo dedicó la *Institutio principis christiani*, había tenido por preceptor a Adrian Florensz de Utrecht, que fue maestro, universitario, protector y amigo del mismo Erasmo. Carlos le confió luego el gobierno de España y la dirección de la Inquisición de Castilla, puesto en el que le dio por sucesor al ya citado Alonso Manrique, cuando el favor de su ilustre alumno le valió acceder al solio pontificio bajo el nombre de Adriano VI (enero 1522 - septiembre 1523).

Por tanto el joven Felipe resultaba mucho más apto que su padre para encarnar el héroe de la Contra-Reforma. El hijo del emperador herético se transformó, en las palabras de Pablo IV, de “giovane mal guidato” (“joven mal dirigido”) en “figliolo prodigo” (“hijo pródigo”) del papa y de la Santa Sede. Fue el principio de la Contra-Reforma, cuyo apogeo se verificará bajo el papado de Pio V, antiguo discípulo de Pablo IV, que reunirá España y Venecia en la liga que derrotará a los turcos en Lepanto en 1571. España y Venecia: dos Estados que justo acababan de liquidar en su territorio a herejes y protestantes, optando finalmente por una represión más severa. Así se cumplía el triunfo de la Contra-Reforma en Italia y en España.

El proceso histórico que acabamos de describir fue una decisiva alianza entre el Papado y el poder político que permitió, a través del instrumento inquisitorial, satisfacer unos intereses que parecían, aunque por motivos diferentes, recíprocos.

Es cierto que durante el papado de Pio IV de Medici de Melegnano (1559-1565), pontífice decididamente filo-español pero enemigo personal de la familia Carafa y asimismo muy tolerante hacia los espirituales, se dio una última tentativa de limitar el poder de la Inquisición. Fueron también éstos los años en que se eliminaron brutalmente los valdeses de Piamonte y de Calabria. El cardenal Giovanni Morone, considerado como hereje por los discípulos de Pablo IV y particularmente por el cardenal Michele Ghislieri, jefe del Santo Oficio de Roma, fue rehabilitado y designado para dirigir las últimas sesiones, las más importantes, del concilio de Trento (1563). Pero con la subida al solio pontificio de Ghislieri con el nombre de Pio V (1566-1572), un Pablo IV redivivo, el triunfo de la Inquisición y de la Contra-Reforma parece cumplirse, juntamente con el matrimonio político entre el papado y España: su pontificado sancionó la derrota de los “espirituales” y la afirmación final de los “intransigentes”.

El resultado de esa alianza entre el Papado y el poder político, fue, al nivel religioso la “confesionalización”, al nivel político la afirmación de la monarquía absolutista y de derecho divino. Lo que se pasaba en España anticipaba lo que pasaría en Francia al final de las guerras de religión. Fue un giro radical, por tanto, en la historia de Europa.

Un cambio, que en los contextos italiano y español, se manifestó sobre todo a través de los fenómenos siguientes:

- La eliminación encarnizada de un muy fuerte grupo de influyentes prelados y la eliminación global de grupos dirigentes que, en Italia como en España, promovían una reconciliación entre católicos y protestantes y proponían una concepción de la ortodoxia diametralmente opuesta a la que triunfó más tarde; concepción triunfante que algunos historiadores consideran constitutiva tanto de la identidad italiana como de la identidad española.

- La reorganización global de la presencia española en Italia¹⁹: las relaciones con Roma, antes conflictivas, se convirtieron en el eje central del sistema de las relaciones internacionales de la Europa de la Contra Reforma.
- El recambio, por fin, del personal político español empleado en Italia: humanistas "erasmianos", a menudo sospechosos de herejía y quienes entretenían relaciones amistosas con los representantes más importantes del partido espiritual, fueron sustituidos por intransigentes y rigurosos partidarios de ello Contra-Reforma, lo que reflejaba a la clara el cambio radical de los tiempos²⁰.

Un “cambio” que, juntamente con la evolución radical de las relaciones entre Roma y España, nos muestra cuán compleja fue la vía por la cual se afirmaron los cambios políticos-institucionales y culturales de la época de la Contra Reforma y la redefinición de ortodoxia de la época tridentina y post tridentina: paradójicamente fue el hijo de un "emperador herético" que había dejado saquear Roma por un ejército de lansquenets en su mayoría luteranos, quien se hizo el paladín del triunfo de la Contra-Reforma en la Europa católica, con el apoyo de un alto clero renovado por la aplicación de los decretos tridentinos, pero sobre todo por la eliminación despiadada de un fuerte grupo de prelados influyentes que en Italia y en España presionaba con todas sus fuerzas para una reconciliación entre católicos y protestante y que proponía una concepción de ortodoxia a los antípodas de la que luego se impuso. Los acontecimientos italianos y los españoles están intimamente relacionados. No se pueden considerar separadamente. España e Italia forman un solo espacio cultural, religioso, ya se dijo, pero también un solo espacio político. Uno de los giros más importantes de la historia de Europa lo impusieron, conjuntamente, el papado y el Estado. Y para el papado, el Estado era España.

¹⁹ Sobre estas problemáticas véase: RIVERO M.: *Felipe II y el Gobierno de Italia*. Madrid 1998; ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO A.: *Milán y el legado de Felipe II*. Madrid 2001.

²⁰ Esta problemática ha sido muy poco estudiada: pero se señala el artículo de PASTORE S.: *Una Spagna anti-papale: gli anni italiani di Diego Hurtado de Mendoza*. “Roma moderna e contemporanea”, XV, 2007, págs. 63-94.